

Roma el último suspiro entre los enfermos y los infortunados, haciendo verter copioso llanto esta pérdida al gran Pontífice Inocencio III. Acaso el Espíritu divino envió sus hálitos misteriosos desde las orillas del Ourcq y del Aisne á las riberas del Ebro, santificadas con las plantas de la celestial María: quizá también la Providencia del Señor dispuso que Francia pagase á la Nación ibera la deuda con ella contraída, por haberle dado á Domingo de Guzmán. Mi fantasía descubre que de todos esos secretos escondidos en superiores mundos ha aparecido en nuestra patria la imponente figura de Pedro de Nolasco.

Pedro establece entre nosotros la obra de generoso amor que ilustró ya las montañas de la antigua Brodelia; pero hay, Señores, entre ambas Fundaciones una diferencia notable, una circunstancia felicísima, que cautiva nuestra imaginación y hace más interesante á nuestro espíritu la empresa de Pedro de Nolasco. Félix y Juan de Mata son los creadores fervorosos de su grandioso Instituto, y ellos lo colocan luego bajo el seguro amparo del más alto de los misterios católicos. Pedro concibe la misma idea en su mente; pero en esas desconfianzas humildes y esas místicas ansiedades de muchas almas perfectas, en los temores de una vanagloria que desvanezca y mancille, él vacila, él se mortifica, él ora, y es al cabo María, la Virgen veneranda, la Madre del Hombre Dios, quien resuelve y ordena; porque vestida con res-

plandeciente blancura, como el Angel de la Resurrección de Cristo, como Jesús en el Thabor, Ella visita á su siervo, Ella declara su voluntad, Ella es quien funda su Religión y le impone su Nombre. Así pudo decir un Pontífice célebre, Paulo V, que es María misma la verdadera Madre, la Fundadora real y amorosísima de la Orden de la Merced para la redención de cautivos.

Y á fin de hacer de la humildad de Pedro de Nolasco el pedestal de su gloria; á fin de que desaparecieran de su espíritu el temor y la duda, y fuese verdad patente á los grandes y á los pequeños, á la Iglesia y al mundo la revelación de la Virgen María, un sabio preclarísimo, Raimundo de Peñafort, y un Rey de inmortal renombre, Jaime I, son favorecidos con idéntica sobrenatural visión, con el testimonio irrecusable de singulares predestinaciones.

Raimundo era el hijo de aquellos antiguos nobles que formaban estrechas alianzas con los Reyes, y que solían dar esposas á los príncipes y á los Soberanos. Buscó afanosamente la ciencia, y su sabiduría rayó tan alto, que asombró en las aulas de Bolonia á los más famosos maestros. Los Prelados le admiran, las ciudades le llaman, los Monarcas le honran, el Jerarca Supremo de la Iglesia, Gregorio IX, le confía la muy difícil misión de coleccionar sus decisiones y las de sus predecesores, y él realiza esa tan renombrada y sabia compilación de *Decretales* que había de du-

rar tantos siglos, porque hoy mismo nos rige é ilumina. Pero más deseable y más cara que la ciencia fué para Raimundo de Peñafort la virtud. Aunque destinado á figurar en el extenso catálogo de los hijos de Domingo de Guzmán, donde sus labios fueron dulce corriente de vida, él escuchaba las santas confidencias de Pedro de Nolasco, él meditaba sobre los pasmosos hechos de aquel hombre inspirado, y comprendió que antes de vestir el hábito del Fundador español debía colaborar en una empresa más útil y más consoladora que la ciencia y la cátedra; y uniendo dos vocaciones sublimes en su espíritu, anhelando libertar entendimientos por la verdad (1), y libertar cautivos por el sacrificio, llevó á tal grado la perfección de su ser, que sus virtudes y milagros, con ser reales y notorios, con estar solemnemente reconocidos por la Iglesia, ofrecen un sabor de piadosa leyenda, un tono de arrebatadora poesía, como si ellos constituyeran la epopeya magnífica de mundos desconocidos y de héroes sobrehumanos.

Jaime I fué uno de los más gloriosos Monarcas que florecieron en la Historia. Desde que inauguró su reinado celebrando Cortes en Huesca, hasta que, más de cincuenta años después, acababa sus días ceñido con las vestiduras de los monjes del Cister, su vida es una serie de triunfos y

(1) Joan., VIII, 32.

un tejido de las más nobles acciones: diríase que al mezclar su sangre con la sangre de Fernando III, aumentaron en aquel corazón magnánimo los anhelos de la virtud, y supo apoderarse de los secretos de la victoria. Amó la paz y las letras; mas al escuchar el reto de la arrogancia agarena, enarboló la enseña de la Cruz, lanzóse á la reconquista por la fe, como lo verificó San Fernando, y, como el piadoso rey de Castilla, fué obedecido de los ríos y los mares que el Dios Omnipotente quiso colocar en su diestra (1), sin que sus valerosos ejércitos jamás sufrieran derrotas. Por eso, en recompensa de sus adoraciones y de su entusiasmo, el Rey que pareció compartir la sabiduría con Raimundo de Peñafort, y el celo por la verdad y el bien con Pedro de Nolasco, recibió al mismo tiempo con ellos la inspiración del cielo, la visión suavísima de la Virgen María, para que ayudase á desatar, desde las costas de Berbería hasta las orillas del Bósforo, los grillos y las cadenas del esclavo cristiano, bajo el Nombre y con la protección de tan amorosa Madre.

¡Ah, Señores! La Providencia Divina no ha vinculado la virtud ni la gloria en los Reyes y en los poderosos; y la Iglesia Católica supo siempre enaltecer y honrar con íntima predilección á aquellas almas que nacieron en la pobreza y su-

(1) Ponam in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus. (Psalm. LXXXVIII, 26.)

pieron amarla, que se nutrieron humildemente del infortunio, que imitaron con santo gozo la vida menesterosa de Cristo, llegando á la perfección más acabada; pero no me negaréis, hermanos míos, que es edificante y sublime nacer rico, hacerse sabio, ceñir una corona de Rey, y emplear todos estos resortes de la grandeza humana para hacer triunfar la verdad, y para difundir el amor de Dios y del prójimo en los senderos de la existencia. Para llevar á venturoso término el pensamiento que había inspirado María á sus fervorosos servidores, necesitábanse al par la llama de una vocación ardiente que inflamase el espíritu, la experiencia y la sabiduría que diesen Regla segura á una Fundación que iba á llenar los siglos, el oro y el poder que saciaran la codicia del avaro, y que impusieran respeto á las potestades inicuas; y todos estos fines quedaban prodigiosamente cumplidos en la Orden Religiosa de María de la Merced, con los esfuerzos de los tres varones elegidos para establecerla y afirmarla.

Ya Pedro de Nolasco, Señores, aquel niño nacido entre los acordes de los ángeles, y bañado el rostro de resplandores celestes; aquel hombre integérrimo, gran educador de Reyes y gran pacificador de pueblos, había escrito con caracteres sobrehumanos el prólogo de su obra: había sentado á su mesa los pobres, había besado las llagas del leproso, había vendido su hacienda para redimir cautivos. Pero cuando él alcanza el anhelado

aunque costoso honor de ser el Patriarca de muchas generaciones escogidas, no bastará á su celo visitar ciudades moras en los reinos de Valencia y de Granada, sino que vuela á las costas marroquíes, regadas hacía poco con sangre de mártires franciscanos; y allí enseña, allí rescata, allí es ligado á su vez con las cadenas del cautivo, allí sonrío más al cielo cuanto más padece, allí suspira y clama por la envidiable palma del martirio. Pero Pedro, como Francisco de Asís, honrado por los Soldanes de Siria, como Antonio de Padua, respetado por el feroz Mauritano, no logrará tampoco realizar completamente su ensueño. La mano del Señor y la protección de la Virgen María lo han devuelto por manera maravillosa á su patria, en una navecilla sin mástiles ni velas, cuya única arboladura es la cruz de sus brazos, cuyo único lienzo es su hábito, para morir, después de un apostolado fecundísimo, como murió el Serafín de la Umbría, bendiciendo moribundo, sostenido por sus hermanos, la ciudad amada; como murió el descendiente de los Bulloens y los Tavera, entre el llanto de los inconsolables paduanos, recitando esos Salmos y esos Himnos que abren á las almas justas las puertas eternas, y dejando estelas de bendición y de misericordia en toda la sucesión de los tiempos.

Mis amados hermanos: he aquí al hombre ejemplar, guiado, favorecido, exaltado por el amor y la devoción de la Virgen María, y propagador in-

cansable de las excelencias y las prerrogativas de su dulce Madre. Recorramos ahora los incomparables anales de la Orden privilegiada, á la que María misma se ha dignado dar su nombre, y veremos cómo las altas ideas, los hechos culminantes, las abnegaciones heroicas que forman la aurora refulgente de la Religión de la Merced, llega á ser muy en breve el sol en su mediodía; esto es, prodigios no interrumpidos, sacrificios continuos y fecundos, gracia sobre gracia, mérito sobre mérito, carismas incesantes del Espíritu Divino, auxilios eficaces de la Madre de un Dios Humanado que mantiene en florecimiento perpetuo y con perpetuo fruto el árbol de tan celestiales virtudes y tan inexhaustas consolaciones.

Esta historia, hermanos míos, con sus levantados fines, con sus dramáticos incidentes, á veces con sus trágicos desenlaces, y siempre henchida de amor divino y de auras de misericordia, es un Océano sin fondo y sin orillas, que, no obstante su avasalladora grandeza, recrea inefablemente el ánimo con sus azules y rizadas ondas. Cervantes trazó más de una vez el cuadro fiel y sombrío de los sufrimientos del cristiano cautivo en tierra mora; Cervantes, apresado en el mar por corsarios argelinos, después de la jornada de Lepanto, en la cual mereció por su increíble bizarría los elogios y las recompensas del inmortal Don Juan de Austria, adoró con más fervor que nunca la Providencia del Señor, que quiso visitarle por el

ministerio de la Religión Trinitaria: pero los cien y cien poemas escritos por los hijos de María de la Merced no tienen, casi diré que no tendrán nunca semejante en los fastos de la caridad y de la intrepidez cristiana. Vedlo, si no.

Raimundo de Blanes abre la dilatada serie de esos generosos atletas; él es el primer mártir de la Religión Mercenaria. Después de él, contemplaremos entre mil á aquel Pedro Pascual, apóstol en Toledo, apóstol en Granada, apóstol en Jaén, que dedicaba el dinero enviado para su propio rescate á la redención de mujeres y de niños; que, enseñando un día el Catecismo, preguntaba así á un infante que le era desconocido: «Niño, ¿quién eres?» y recibía esta tierna respuesta: «Soy Jesús; tu caridad me ha traído á asistir á tu doctrina;» que preguntando otra vez á un pequeñuelo sobre el Misterio de la Trinidad Augusta, y oyéndole explicar luminosamente quién era el Padre, Pedro, lleno de gozo, añadió: «Y el Hijo, ¿quién es?» Y el Niño, entreabriendo su vestido, le contesta: «Yo soy el Hijo: mira mis llagas y mi costado: tú, con los niños que has redimido, quedándote cautivo por ellos, me has hecho tu prisionero;» Pastor fidelísimo, hermanos míos, que da su vida por sus ovejas, muriendo, cercenada la garganta, en el ósculo de Cristo crucificado. Hallaremos asimismo á aquel Ramón Nonnato, llamado directamente á la Orden de la Merced por la Virgen María, que redime centenares de cautivos en

África, quedándose en rehenes cuando ha faltado el oro para tan numerosos rescates; cuyos labios son traspasados con hierros encendidos, porque de ellos brotaban raudales de verdad y de gracia, bastante poderosos para ganar las almas del turco y del judío, los dos enemigos más irreconciliables del nombre cristiano; cuya púrpura cardenalicia le infunde más vehemente deseo de derramar su sangre por la fe del Salvador del mundo. Admiraremos después á aquel Pedro de Armengol, cuya vida parece ser la revelación manifiesta de las ocultas relaciones, de las misteriosas armonías entre la libertad y la gracia, entre el libre albedrío, digo, llevado á sus más dolorosas aberraciones, y la gracia del cielo influyendo y ganando el corazón humano con sus más decisivas eficacias.

Divisaremos luego á aquel Juan de Granada, por cuyas venas circulaba la noble sangre de Alhama el Nazerita, que viene, lleno de fervor y de júbilo, á los campos del Evangelio; que merece por su celo y por sus virtudes, no sólo ser Religioso de la Orden de la Merced, sino ser nombrado Superior de muchos de sus hermanos; que alcanza, al fin, transfigurado y sonriente, como premio de su hermosa carrera, la corona de los mártires. Distinguiremos, por último, á aquel Othón de Tolosa, martirizado en Constantinopla al finalizar el siglo XV, tal vez porque el Islam había llegado al paroxismo de sus odios y de sus

crueldades con la conquista de Granada por Isabel I y Fernando V.

Y al lado de aquellos hombres infatigables que rompieron las cadenas de más de ochenta mil cautivos, encontraremos en la Orden Mercenaria al encendido misionero; no siendo raro, Señores, hallar en esa Religión bendita muchos seres afortunados que redimían y evangelizaban á un tiempo, como brindando en cada una de sus manos un tesoro distinto de gracia y de ternura.

Bernardo de Corbera difunde por toda nuestra Península la caridad de su inspirada palabra. Juan Gilabert recorre parte de Europa con el dominico Vicente Ferrer, ganando por millares los entendimientos y los corazones, y á él debe la humanidad la creación del primer Manicomio en la religiosa Valencia. Juan de Solórzano, protomártir de las Indias, es compañero de Colón en sus primeras expediciones. Bartolomé de Olmedo sigue en Méjico á Cortés, como confesor y como consejero. Fray Juan de Salazar predica en Río de la Plata, recogiendo allí la aureola del martirio. Fray Antonio Correa parte con Pedro de Valdivia para predicar el Evangelio en Chile. Fray Cristóbal de Albarrán aparece, después de muerto, con una cruz en la mano, convirtiendo á los salvajes del Perú, que asaban el cuerpo del fervoroso mártir. Y el acento, y la dulzura y el voluntario sacrificio de toda esa legión de héroes de la caridad y del dogma, lograron formar rápi-

damente cristianas aquellas regiones del Nuevo Mundo, y hasta hicieron popularísima y entrañablemente amada la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes en toda la América latina.

Y si de estas predicaciones ardorosas, de estos suplicios con tanto gozo tolerados en pueblos infieles, dirigimos nuestra mirada á las tareas apostólicas de los Religiosos de la Merced, y á los tormentos que les fueron inferidos por los sectarios de la herejía protestante, nosotros quedaremos asombrados de tan profundo celo y de fortaleza tanta. Los Hugonotes franceses, sobre todo, hicieron innumerables víctimas. La alevosía y la traición dieron la envidiable corona de mártir de su fe al venerable Pedro de Avendaño: el fanatismo calvinista llegó á exterminar en Montpellier una Comunidad entera de servidores de María de las Mercedes, sin que bastase á detenerlo la bienhechora misión del sagrado Instituto; y el corazón se conmueve y el ánimo se exalta al reconstituir con la mente aquella procesión solemnísimá, en que los Religiosos, entonando Himnos á Cristo Sacramentado y á la Virgen María, recitando Salmos de perdón y oraciones eucarísticas, salieron al encuentro del puñal y de la espada, con que los herían sin piedad sus endurecidos verdugos.

Pero no es esto todo. Dentro de aquella Institución pasmosa, donde se descubren en las dos primeras centurias tantos hombres de guerra

como corazones pacíficos, tantos esforzados caballeros como humildes sacerdotes, creyérase que no podía haber descanso ni vagar para el cultivo de las altas ciencias y de diversos ramos del saber humano; y, sin embargo, Señores, la teología, la literatura, la elocuencia, el arte, y aun la política, tuvieron de igual manera representantes de fama imperecedera en la Religión Mercenaria.

En España, en Francia, en Italia y en el Nuevo Mundo sobresalieron aquellos grandes teólogos de la Merced, una de cuyas más puras glorias es haber defendido siempre, como los hijos de Francisco de Asís, la Concepción Inmaculada de la Madre de Jesús: Fray Luis de la Fuente, Maestro de Teología en la *Sapienza* de Roma; Fr. Domingo de San Juan, filósofo en la Sorbona y en Salamanca; Fr. Gaspar de Torres, ornamento del reinado de Felipe II; y aquel Francisco Zumel, teólogo, filósofo, canonista, peritísimo en las Lenguas Santas, cuyas obras se agotaban apenas eran impresas, uno de los hombres más ilustres, en suma, del gran siglo. Los Freitas y los Villodas sobresalen en el estudio del Derecho Canónico; Fray Gabriel de Santa María, Arzobispo de Pisa, confunde con su persuasiva palabra á los corifeos del Protestantismo naciente. Distinguiéronse en la poesía los Tirso de Molina y los Interián de Ayala, y brillaron en las artes los Ferreras y los Gutiérrez. Sobresalieron en la política, en el gobierno de los pueblos, y en los Consejos de los Reyes,